

La fuerza del amor en la Gran Rebelión de los Tupac Amaru Bastidas

Solo el amor conduce al cielo.

Cuando la palabra *amor* precede a una frase, se suele esperar que esta inicie un discurso romántico, si no patriótico, si no meloso. Eso puede ser, y por ser casi siempre así se suele olvidar el poder que, a lo largo de la historia, efectivamente ha tenido el amor. Goethe, por ejemplo, había resumido esa potencia en una frase lapidaria al final de la segunda parte del *Fausto*: “*todo lo que pasa es símbolo, solo el amor nos conduce al cielo*”.

El amor ha sido acicate de la filosofía, del placer carnal, del arte y de la política. No obstante, del aspecto político del amor no se suele tratar, y menos que se le asocie a la compleja historia del Perú.

Pues bien, el amor también estuvo presente en uno de los mayores trances por los que han pasado los Andes, es decir, la Gran Rebelión de José Gabriel Condorcanqui “Tupac Amaru” (1780-1781). Así, las líneas que vienen a continuación se adentrarán a ese capítulo olvidado a través de diferentes ángulos, inesperados muchos de ellos: el amor al rey, el amor a Dios, el amor entre esposos, el amor como sacrificio, el amor filial y, de cierta manera, el amor al Perú.

El delito de amar.

Delito y pecado, en el siglo XVIII, eran, para la justicia occidental, un mismo constructo. Ello no ocurre el día de hoy en el que la modernidad ha separado, con contundencia, el ámbito religioso del jurídico. Pues bien, en esos ya lejanos días, existían particularmente cuatro delitos y pecados para la condena terrible tanto por parte de la justicia divina como de la terrena: el *parricidio* (asesinar a los padres), el *suicidio*, la *homosexualidad* y la *traición de lesa majestad* (rebelarse a un rey).

A José Gabriel Condorcanqui Túpac Amaru se le juzgó y se le condenó por ese último delito y pecado, es decir la *traición al rey*. Al delito de lesa majestad se le tenía como en extremo grave puesto que rebelarse a un rey católico era negar o rechazar la esencia de Jesucristo mismo. Es lo que se creía en ese entonces. Que no se olvide tampoco que en ese siglo se mantenía muy firme la idea de que los reyes habían sido designados por Dios para concretar la justicia y el bien común entre los seres humanos.

Es por ello que se puede entender — aunque no aceptar desde ojos actuales— el cómo la justicia hispana fue en extremo severa con el ya vencido Tupac Amaru. En él cayó la pena y el tormento más severo, un castigo que se puede rastrear hasta el medioevo: ser descuartizado. No obstante, eso hubiese sido muy simple: el traidor al que se entendía era su señor natural (es decir, el rey) debía sufrir mucho antes de ser trozado. No solo eso: el suplicio debía constituir un *espectáculo* (y la palabra

la es tal cual en el documento de la sentencia) para que fuese mirado por la multitud de súbditos y se genere en ellos el terror para que así no osasen acometer tal apostasía ¿Se usó la palabra *terror* en las sentencias a los rebeldes? Efectivamente, se usó.

Así, para la satisfacción de tan severa justicia, el reo sería sacado a la plaza dentro de una bolsa arrastrada por un caballo y tendría que ver el ahorcamiento —ya sea por cuerda o garrote— de sus cómplices y, aquí viene lo más bravo, el de toda su familia. De esa manera, el caudillo rebelde, en un trance que difícilmente puede imaginarse, hubo de ver como colgaban o le partían la nuca a sus seguidores, primos, tíos y entenados. Luego llegó el turno de su hijo Hipólito, de diecinueve años (la mayoría de edad, en esos días, se alcanzaba a los veinticinco años), que también fue ahorcado. No solo eso: debió ver el suplicio terrible de su esposa Micaela Bastidas que padeció infinito: se le cortó la lengua, se le intentó agarrotar, pero como su cuello era tan delgado ello no fue posible, de ahí que las autoridades ordenaron que los verdugos pateasen sus senos y estómago mientras que —con una cuerda jalada en ambos extremos— se realizaba un intento de ahorcamiento. Ahí recién murió y acabó su dolor.

Llegado el turno de Túpac Amaru, sus extremidades fueron atadas a cuatro caballos para su desmembramiento. Antes también se le había cortado la lengua. Como ha sobrevivido en el imaginario de los peruanos, ese despedazamiento no se pudo realizar. Un testigo de la ejecución señaló que Túpac Amaru quedó como una araña suspendida, con lo ojos viendo al cielo, tenso. Como estaba sufriendo mucho, otra vez, el juez pidió que se pusiera fin a ello y, así, también se ordenó su degüelle.

Todo este espectáculo lo vio el menor hijo de los Tupac Amaru-Bastidas: Fernando, de diez años y ello lo traumaría de por vida; más aún, considerando todo lo que viviría luego de la ejecución de su padre, madre y hermano. Que no se olvide, ese niño hubo de partir a un dolorosísimo exilio a la Península (que incluyó un naufragio) para luego ser sometido a una “reeducación” que, a las finales, lo terminó volviendo en un proclamado fiel súbdito del rey, hasta el punto que le pidió al Monarca servir en su gobierno.

Volviendo a este suplicio. Los que presenciaron todo aquello —apuntan los testimonios— estaban atónitos por lo cruel que había resultado este espectáculo. Es más, es sabido que las ejecuciones debían generar terror, y en ello las autoridades fueron particularmente hábiles, y es que se castigó tanto al cuerpo vivo, como al ya inerte. Efectivamente, no solo en vida sufrieron estos valientes hombres, mujeres y niños: sus cadáveres fueron trozados para enviar sus miembros a que sean colgados en las entradas a los pueblos alzados para que quedase memoria de su dizque delitos.

Finalizada la ejecución, puede pensarse que en los testigos debió haber surgido esta pregunta **¿Qué fuerza movió a los Condorcanqui y a los Bastidas a jugarse el todo por el todo a riesgo de su hacienda, riqueza, prestigio y sus propias**

vidas y las de sus hijos (todos menores de edad)? Es evidente que se trataron de múltiples razones y fuerzas que alentaron el verdadero vendaval que constituyó la llamada Gran Rebelión, pero de todas ellas una ha sido dejada de lado por los tratadistas e historiadores del movimiento Tupamarista. Tal fuerza no es otra que la del amor.

Es la fuerza del amor.

Si se ha dejado el tema del amor de lado es porque los estudiosos de la llamada Gran Rebelión se olvidan que en la sociedad virreinal el amor era un tópico religioso, artístico, político, parental y carnal. Es por ello que podía haber un amor a Dios, el amor al Rey, el amor a los padres, el amor a la Patria, el amor filial, y hasta la política misma, en cierta forma, podía ser entendida como un acto de amor.

En ese ya lejano siglo XVIII el amor era tenido, pues, como una fuerza contradictoria: por un lado, podía ser sublime —ese era al amor a Dios—; a la Iglesia, al rey, a los padres y a los hijos; casi en esa jerarquía. También había sobrevivido la noción de amor platónico (obviamente se trataba, otra vez, de Platón recogido por los Padres de la Iglesia), que era el amor como fuerza en la consecución del bien. Asimismo, esas dos concepciones del amor convivían con otras dos, la del amor carnal, siempre tenido como peligroso y concupiscente; y la del amor como locura, como esa fuerza capaz de cegar el entendimiento, casi al modo de una enfermedad mental. En suma, y tal como suele ocurrir hoy, el amor era tenido como un asunto complejo de expresar y, cómo no, de tratar y de entender. En la Gran Rebelión Tupamarista, todas las antedichas concepciones del amor discurren en las relaciones entre todos sus actores.

En primer lugar, está **el amor al rey**. Los participantes tanto de la acción rebelde como de la reacción anti rebelde dicen amar ante todo al Rey (es el amor que más aparece proclamado en los documentos). Al rey se le ama en virtud a que se entiende que su poder viene de Jesucristo mismo y que desde él parte la justicia distributiva y necesaria para concretar, entre sus súbditos, el Bien común. Ya se sabe que los rebeldes nunca se proclamaron contra el rey y su soberanía. Ni mucho menos gritaron ser independentistas. En lo absoluto. Más bien, la argumentación de Túpac Amaru partía de que su movimiento iba contra el *mal gobierno* (los abusos de los corregidores, la tiranía de la mita minera, los impuestos desmedidos, las tropelías de los llamados *chapetones*). Por el otro lado, combatir a Túpac Amaru era un acto de amor al Rey.

También está **la política como acto de amor**. Salvar al reino de la tiranía y de los malos funcionarios al mismo tiempo que acabar con la perversa explotación de los indios peruanos, también podía ser tenido como un acto de amor. Ya se mencionó líneas arriba que la política podía ser una política del amor si proponía el bien común y más aún si —en ese perseguir— se combatía a la tiranía en la que podría hundirse el reino. Las ciencias sociales modernas han denominado a esos fines como propios

de una *economía moral*. En ese sentido, que no se olvide cuál era el plan político de los Tupac Amaru: acabar con el abuso chapetón, poner fin a los gravámenes extralimitados, finiquitar con las tiranías de los corregidores, afianzar la fe cristiana y activar un nuevo pacto social con el rey.

El amor Tupamarista.

El amor también existe entre José Gabriel y Micaela. Es un amor conyugal bastante comprometido. Sorprendentemente no solo han sobrevivido pruebas de ese compromiso sino también de un particular e íntimo cariño que es raro de encontrar cuando se analiza la vida del siglo XVIII peruano.

Al nivel del lenguaje íntimo en el seno de la pareja, ese amor y cariño es bastante expreso. Así, José Gabriel le decía todos estos diminutivos y apodos a la Micaela: *hija mía, Mica, Micaco, Mi señora doña Micaela* [esto en una especie de fingida solemnidad].

Micaela —por su parte— era más cariñosa, más no por ello débil de carácter puesto que cuando debía encarar a su marido por sus inacciones o retrocesos, lo hacía con severidad. En ese sentido, las cartas colocan en boca de Micaelas estos dichos llenos de genuino amor dirigidos a su José Gabriel: *Hijo Pepe, Chepe mío, Hijo Chepe, Es tu Mica, Chepe de mi corazón, Su amantísima Micaela*.

El amor a puertas del sacrificio último. Ese amor incondicional, también se expresa de manera potente en la tinta y el papel. Túpac Amaru le pide a Micaela — en una de sus últimas misivas— que lo encomiende al Señor de Tungasuca. En otra carta, ya resignado, el caudillo le escribe a su mujer estas potentes líneas el 30 de noviembre de 1780: “*sé que estas muy afligida [...] si está de Dios que muramos, se ha de cumplir su voluntad y, así, conforme a ella*”. En otra misiva se lee a una desesperada Micaela decirle a su amado esposo: “*y así no permitas que me quiten la vida pues tu ausencia ha sido la causa para todo esto*”. La última carta de Micaela, antes de que ambos sean apresados, tiene una final alegre que se cegaba ante el trance que venía para ambos: “*He celebrado infinito — dice Mica— que hayas llegado con felicidad*”.

Ahora bien, se sostiene que ese amor no era tal en virtud a lo que declaró Micaela en su *Confesión*. En su declaración ella sostiene que fue obligada por su marido a hacer lo que hizo y que, si no lo hacía tal cual, podía ser objeto de golpizas, además de sostener de que le tenía mucho miedo. Efectivamente, lo común en los matrimonios de ese entonces —tal como lo ha estudiado Bernard Lavallo— era el que la mujer mostrará una sumisión a la condición tutelar de su marido y que las agresiones físicas de menor o mayor intensidad fuesen de una pasmosa cotidianidad. No obstante, la alusión a esos maltratos bien podía ser una estrategia por parte de Micaela (y acordada con su marido) para aminorar el terrible trance que le esperaba a ella y a sus hijos. Que no se olvide: tanto Micaela como Tupac Amaru evaluaron en varias oportunidades la posibilidad de que, si fracasasen, la muerte

atroz sería la sentencia segura, de ahí que, si esta llegase, debían intentar, ambos, cualquier medio para aminorar el sufrimiento, incluyendo el falso testimonio, falso testimonio que, por otra parte, se hacía ante los tiranos y de ahí que estuviese, para la conciencia cristiana, perdonado por Dios.

Se percibe amor entre José Gabriel, Micaela y sus hijos. El amor de los hijos a los padres, como le era propio a la época, se revestía de verticalidad. Muy poco ha sobrevivido —documentalmente hablando— de cómo ese elevado sentimiento se expresaba entre Hipólito, Mariano y Fernando, y sus padres.

Se tiene más pistas sobre Hipólito y ello porque él —por la edad que tenía (aunque sin tener los 25 años de mayoría de edad)— también fue un jefe en la rebelión. En su *Confesión* (que es el documento en el que se le puede escuchar), Hipólito sostiene que su único delito —si cabe— es el haber acompañado a su padre en todas sus acciones. A ello, los fiscales le preguntan el por qué no tomó distancia de la rebelión, a lo que él responde —indirectamente— de que no hallaba injusticias en el proceder de su progenitor y es que entendía que la rebelión partía de una disyuntiva: o era la vida de la familia Túpac Amaru o era la vida de los abusivos corregidores.

Por otro lado, Hipólito sostuvo que tanta era la fe en su padre que hasta consideró que la excomunión de la que había sido objeto el curaca no le afectaba puesto que Túpac Amaru le había dicho, además, que su proceder no iba ni contra el rey ni contra las leyes de Dios. Ante esto, los acusadores de Hipólito le hacen una pregunta clave: ¿Por qué no realizó una jerarquía de amores? Es decir ¿Por qué no optó por el amor a su rey en vez del amor filial? A lo que el defensor del acusado sostiene que Hipólito mostró siempre un *amor reverencial* por su padre y que, si, efectivamente, debió anteponer el amor a su rey y señor natural, pero que la juventud le obnubiló el juicio y que se quedó al lado de su padre por “*el respeto y amor reverencial que le tenía*”.

La historia del joven Mariano, el segundo hijo, se mueve entre leves luces y más oscuridad. Estuvo con sus padres en varios de los sucesos, no así al momento de la captura. Tras las ejecuciones, él y su tío Diego, continuaron la lucha. Luego vino el llamado *Perdón total* del virrey y así ambos decidieron regresar a su pueblo para vivir en paz y vaya que así lo hicieron ¿Por qué lo hicieron? Ellos mismos lo dicen: para salvaguardar la vida y, proteger así, la insigne estirpe de los Túpac Amaru, que estaba siendo erradicada de la faz de la tierra. Ese acto de guardar la memoria de esa sangre real también fue, sin dudas, un acto de amor.

Fuentes:

Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (1971-1972). **Colección Documental de la Independencia del Perú. Tomo II: Túpac Amaru.** 4 vols. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Comisión Nacional del Bicentenario de la Rebelión Emancipadora de Túpac Amaru (1980-1982). ***Colección Documental del Bicentenario de la Revolución Emancipadora de Túpac Amaru***. 5 vols. Lima: Talleres Gráficos P. L. Villanueva.

Lavalle, Bernard. ***Amor y opresión en los Andes coloniales***. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, 2015.

Walker, Charles (ed.). Tu ausencia ha sido la causa para todo esto. ***Cartas de amor y de guerra. Túpac Amaru, Tomasa Tito Condemayta, Micaela Bastidas***. Lima: Debate, 2024.

Total de palabras: 2703